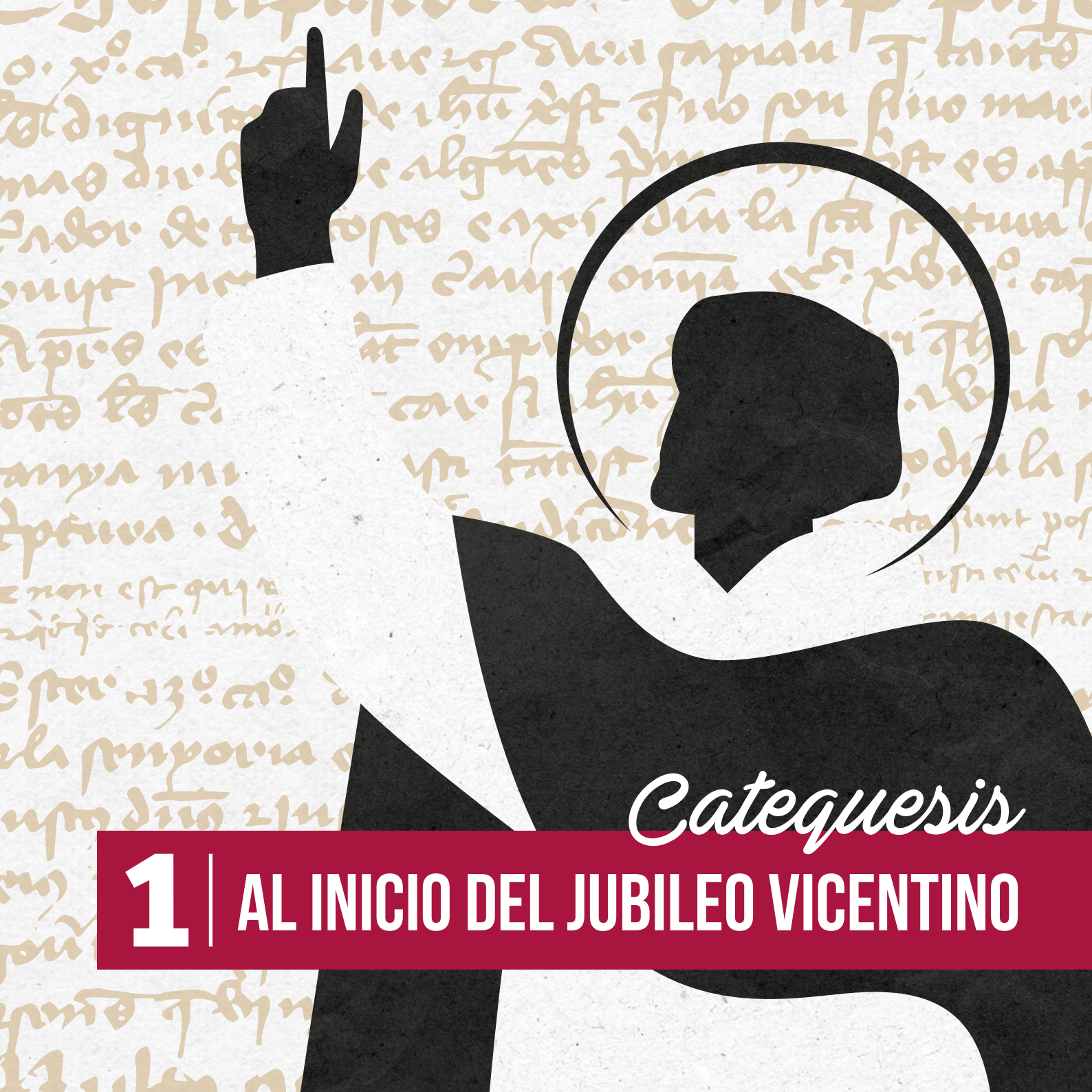

Catequesis

1 | AL INICIO DEL JUBILEO VICENTINO

Edita:
Comisión Interdiocesana
para el Año Santo de san Vicente Ferrer

Diseño y producción gráfica:
Medianil Comunicación
www.medianil.com

Portada:
Cartel oficial "Año Santo Vicentino"

Catequesis

1

AL INICIO DEL JUBILEO VICENTINO

SUMARIO

Introducción 3

1. Enviados a anunciar el Evangelio:
el carácter misionero de la fe 4

2. El anuncio del "corazón del Evangelio"
presentado de una forma comprensible 8

3. Un anuncio acreditado del Evangelio:
la fuerza del testimonio 12

Cuestiones para reflexionar 17

INTRODUCCIÓN

San Vicente Ferrer (Valencia, 1350 - Vannes, 1419) recibió el hábito blanquinegro de la Orden de Predicadores (los dominicos) en su ciudad natal (Valencia) el 5 de febrero de 1367. Finalizada su larga formación filosófico-teológica (Valencia, Barcelona, Lérida y Toulouse) se dedicó tanto a la enseñanza académica de la teología —oral y escrita— como a la predicación, tareas en las que se expresa su decidido compromiso evangelizador. Este compromiso le llevó a entrar con protagonismo en las cuestiones políticas, sociales y religiosas más relevantes de su época. Después de su visión en Avignon, la noche del 3 de octubre de 1396, en la que Nuestro Señor Jesucristo le envía a predicar por el mundo, como habían hecho santo Domingo de Guzmán y san Francisco de Asís, y más concretamente a partir del 22 de noviembre de 1399, Vicente Ferrer consagrará el resto de sus días (20 años) a la predicación itinerante del Evangelio por buena parte de la Europa occidental de su tiempo. San Vicente muere en Vannes (Francia) el 5 de abril de 1419.

Sobre esta faceta predicadora de nuestro santo quiere versar esta catequesis, escrita al inicio del año Jubilar Vicentino, que conmemora los 600 años de su muerte. Tiene como trasfondo dos referencias: el Evangelio que la liturgia de la fiesta de san Vicente nos propone (*Mc* 16, 15-18) y la Exhortación apostólica del papa Francisco *Evangelii Gaudium*. Tres son las ideas que quisiera dejar asentadas en el cristiano/a que comienza a celebrar el Jubileo Vicentino:

1. Todo discípulo de Jesucristo, miembro de su Iglesia, es misionero.
2. La misión del discípulo de Jesucristo, miembro de su Iglesia, ha de comenzar por el anuncio del núcleo fundamental del Evangelio y, además, éste ha de hacerse adaptándose al nivel de la gente.
3. El misionero cristiano, discípulo de Jesucristo y miembro de su Iglesia, ha de poner en valor el mensaje cristiano con el testimonio y la coherencia de su vida.

Con estas tres ideas se corresponden los tres apartados de la catequesis.

1. ENVIADOS A ANUNCIAR EL EVANGELIO

EL CARÁCTER MISIONERO DE LA FE

El rasgo que mejor define la polifacética figura del maestro Vicente es la predicación, la predicación evangélica. Este dato no es extraño dada su condición cristiano-eclesial, modelada por el carisma dominicano que profesara.

La vida de Jesús de Nazaret estuvo al servicio de la predicación de la Buena Noticia del Reino. A esa tarea asoció a sus discípulos (*Mc* 1, 16ss) que, tras la Pascua, fueron enviados al mundo entero a continuar la misión de su Señor (*Mc* 16, 15). De este modo, la Iglesia, que fuera convocada por pura gracia, ha de comunicar lo recibido de modo gratuito. Si nos fijamos bien, aquí, "gracia" o "gratuito", poseen dos sentidos consecuentes: uno descendente, que significa el don de Dios que hace posible el ser y la vida de la Iglesia, y otro horizontal y extensivo, que afecta a la actividad benévola y generosa (misión) por la que la Iglesia, movida por el don de Dios, ha de ofrecer lo recibido sin esperar nada a cambio ("dad gratis, lo que gratis habéis recibido", *Mt* 10, 8).

Vistas así las cosas, queda patente que no se puede separar "lo que la Iglesia es de lo que comunica"; ser y misión eclesial, pues, son coincidentes. Una conclusión se impone: en la fe cristiana no hay Iglesia que no sea misionera y no hay misión que no sea eclesial. En definitiva, la fe cristiana, como la Iglesia, siempre es misionera.

Domingo de Guzmán, en el siglo XIII, recibió del Espíritu "el carisma de la predicación". Y lo recibió en un contexto en el que, por falta de anuncio íntegro de la Buena Noticia por parte de la Iglesia, la herejía se extendía por el Mediodía francés generando muchos problemas. Domingo se sintió llamado a colmar el vacío de predicación existente, abrazando el modelo de existencia apostólica de la primera comunidad cristiana ("orar y predicar", cf. *Act* 6, 1-4). Por esta vía, hizo de la predicación una forma de vida que dejó como herencia a sus frailes. Domingo es conocido en la Iglesia como "el predicador de la gracia", entendiéndose por ésta, tanto el contenido a comunicar, como el modo de hacerlo.

Así pues, san Vicente Ferrer es misionero por su condición cristiano-eclesial y por el carisma de fraile predicador que profesara en el convento de Predicadores de Valencia.

El carácter misionero de la fe, que encarna perfectamente Vicente Ferrer, no pierde nunca actualidad. Supone un desafío constante que, como es lógico, también llega a nosotros y nos reta.

El papa Francisco, desde su llegada a la cátedra de Pedro, está invitando a la Iglesia a recobrar su "ser misionero". Y desea que lo haga con gozo, pues lo que hay que anunciar y testificar en la misión es "la alegría del Evangelio" (*Evangelii gaudium: EG*). Esta misión es tanto más necesaria cuanto que la Iglesia hoy ha de afrontar una nueva etapa de evangelización (nueva evangelización) en un momento histórico singular (*EG* 1 y 17; 52-75). Según Francisco, la urgencia de la misión, como tarea primordial de la Iglesia (*EG* 15), reclama que ésta se presente hoy ante el mundo con la identidad de una "Iglesia en salida" (*EG* 20); sobre todo, para acudir a las periferias del planeta donde se hallan los pobres y enfermos, destinatarios predilectos del Evangelio (*EG* 48).

Consecuentemente, enseña Francisco, los misioneros de esta etapa evangelizadora de la Iglesia han de poseer un perfil singular, "un determinado estilo evangelizador", que él pide que sea asumido por todos los cristianos, sea cual sea la actividad que realicen (*EG* 18).

2. EL ANUNCIO DEL "CORAZÓN DEL EVANGELIO"

PRESENTADO DE UNA FORMA COMPRENSIBLE

San Vicente Ferrer reúne en su persona algunos de los rasgos del perfil del evangelizador, solicitados por Francisco en la *EG*. Uno de estos rasgos es la capacidad para saber discernir "el corazón del evangelio" que hay que anunciar (*EG* 34-39). Se trata, según el Papa, de tener claros cuáles son los contenidos que han de ser presentados en la vanguardia de la predicación y, por ende, en los que más hay que insistir ("el anuncio que se concentra en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario", *EG* 35).

Nuestro santo fue modelo en su tiempo de una predicación centrada en el evangelio de la misericordia de Jesucristo; predicación mediadora de un encuentro salvador con Dios, verificable en la sinceridad de la conversión de sus oyentes. En esta línea, los grupos de penitentes, que acompañaban a Vicente en sus campañas de predicación, son un signo elocuente de lo que el texto del evangelio del día de su fiesta afirma ("Id al mundo entero

y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y se bautice, se salvará") y de lo que Francisco propone a la consideración de la Iglesia en esta nueva etapa de evangelización. De acuerdo con esto, se podría decir que, en la invitación misionera de Francisco, se vislumbra el papel benéfico que, en estos temas, una ley de gradualidad y de proporcionalidad puede desempeñar (*EG* 28). Esta ley expresa bien la conexión coherente del mensaje cristiano, que ha de ser anunciado en su integridad a partir de su centro, pero de modo pedagógico, progresivo y proporcional.

Precisamente, otro de los rasgos del perfil del misionero propuesto por Francisco es "la forma de presentar el mensaje". Aquí, lo que está en juego es la habilidad del predicador (y de la evangelización) para hacer llegar al otro el núcleo de la Buena Noticia de manera que la sienta cercana; y, de este modo, la reconozca como dirigida a él. Así, por ejemplo, Francisco habla de la inculturación (de la "gracia que supone la cultura, y de que el don de Dios se encarna en la cultura de quien lo recibe", *EG* 115). Subraya, igualmente, que la diversidad de rostros culturales en la fe expresan mejor la grandeza del Creador y la unidad católica de la Iglesia (*EG* 117-118).

En esta misma dirección, también ensalza las posibilidades (su fuerza evangelizadora) de la piedad popular (*EG* 122).

Vicente Ferrer es paradigma de predicador cercano a la gente, que emplea todos los medios y recursos a su alcance para que el mensaje cale con amabilidad y claridad entre sus oyentes. No pensemos sólo en los recursos del buen comunicador que, con ejemplos sencillos, logra explicar cosas complejas; o en el empleo estudiado de los tonos de voz (en los que sin duda, también era un experto); o en la gestualidad que acompañaba a sus palabras (Cf *EG* 156-158); o en los escenarios estudiados en los que predicaba. Consideremos, más bien, lo que sugiere el texto evangélico de Marcos en el día de la fiesta de san Vicente: "éstas son las señales que acompañarán a los que crean… hablarán lenguas nuevas".

En efecto, del santo dominico valenciano ha quedado la idea de que predicaba siempre en su lengua materna y que todos, estuviera donde estuviera, le entendían. Esto significa, más allá de la cuestión del idioma en el que predicase, que san Vicente, inflamado del Espíritu, era capaz de hacerse entender por gentes de procedencias muy diversas.

Lo verdaderamente relevante es que Vicente, con su predicación, actualiza la experiencia de la Iglesia en Pentecostés ("¿cómo cada uno de nosotros les oímos en nuestra propia lengua nativa? *Act* 2, 8). En otros términos, el maestro Vicente logró inculturar la evangelización de modo que nadie se sintiese ajeno al don de Dios ofrecido; y esto significa que se ponía al nivel de su auditorio, al nivel de la gente sencilla y que, justamente por ello, el mensaje llegaba. A causa de esta habilidad entre la gente del pueblo, san Vicente también es un referente de la predicación y la piedad popular, que hay que seguir cuidando hoy, tal y como Francisco sugiere.

3. UN ANUNCIO ACREDITADO DEL EVANGELIO

LA FUERZA DEL TESTIMONIO

De acuerdo con Francisco, el misionero ha de tener en su perfil el rasgo de la coherencia. Rasgo que reclama que palabra y vida vayan de la mano en la evangelización. Dice el Papa: "quien quiera predicar, primero debe estar dispuesto a dejarse conmover por la Palabra y hacerla carne en su existencia"; y, añade, "de esta manera, la predicación consistirá en esa actividad tan intensa y fecunda que es 'comunicar a otros lo que uno ha contemplado'" (*EG* 150). En esta última afirmación, Francisco se apoya en un texto de santo Tomás de Aquino que, en la tradición de los frailes predicadores, es utilizado para explicar la espiritualidad propia de la Orden Dominicana ("contemplar y dar lo contemplado").

Por tanto, esta manera de explicar la coherencia en el documento papal tiene una conexión muy estrecha con nuestro santo. Como se suele decir ahora, va unida a su ADN. San Vicente fue un predicador consecuente.

El testimonio, la coherencia, son necesarios para acreditar, para poner en valor el anuncio evangélico. Por expresarlo de otra forma, la coherencia y el testimonio crean las condiciones propicias para el encuentro con Dios a través de lo afirmado por la palabra del predicador. Vicente Ferrer, en ese sentido, fue un predicador comprometido del Evangelio, un testigo de la fe, que con su vida acreditaba lo que decía. ¡Y de qué modo! En esto, también es un referente para nuestro tiempo, pero con un matiz peculiar que merece la pena considerar.

En verdad, hay en san Vicente un dato, que también recoge el texto evangélico de Marcos en su fiesta ("a los que crean les acompañarán estos signos: en mi nombre expulsarán demonios, agarrarán serpientes en sus manos y aunque beban un veneno no les hará daño, impondrán las manos sobre los enfermos y se pondrán bien"), que está estrechamente vinculado con el tema del testimonio y de la coherencia. Se trata de la cuestión de los milagros.

San Vicente es conocido por ser un gran taumaturgo. Es un rasgo destacado de su personalidad creyente. Además, la tradición popular lo sabe muy bien en Valencia. Los milagros, que acompañaron la trayectoria del maestro Vicente, no se han de separar de su misión predicadora. Y esto porque así lo enseña el Evangelio. Los milagros de Jesús son signos de la presencia del Reino que el Nazareno predicaba. Signos que invitan a creer. De la misma manera, las acciones taumatúrgicas de san Vicente fueron testimonio de la fuerza de la Palabra de Dios que comunicaba a las gentes en su tiempo; en este sentido, los milagros eran la acreditación del valor transformador del Evangelio; una acreditación que facilitaba la conversión, además de dar cuenta de la autenticidad de la vocación misionera del santo valenciano.

CUESTIONES PARA REFLEXIONAR

1. El cristiano, como la Iglesia, siempre es misionero. Sin labor misionera no hay verdadera fe, ni verdadera vida eclesial. Por tanto, la misión no es un plus, un añadido a la vida cristiana-eclesial; es vida cristiana y eclesial. ¿Somos conscientes? ¿Cuál es nuestra misión?
2. Francisco convoca a la Iglesia a una nueva etapa evangelizadora en el mundo de hoy: ¿cuáles son las características de este mundo al que hay que evangelizar?
3. ¿Cuál es el corazón del Evangelio que hay que comunicar?
4. ¿Cómo nos podemos preparar para una evangelización adaptada e inculturada, para que el mensaje evangélico llegue a la gente?
5. ¿Cómo aprovechar la fuerza de la religiosidad popular?
6. ¿Qué nos dicen "la coherencia y el testimonio" con el que hemos de acreditar el mensaje misionero?
7. En suma: ¿qué cosas puede aportarnos personal y eclesialmente (parroquia, vida consagrada, familias, movimientos) la celebración de este Jubileo Vicentino?

VICENTINO

AÑO SANTO · 2018/19

www.santvicentferrer.org

ARCHIDIÓCESIS DE VALENCIA

DIÓCESIS DE SEGORBE-CASTELLÓN

DIÓCESIS DE ORIHUELA-ALICANTE

DIÓCESIS DE TORTOSA

dominicos